

«nosotros sino la miseria y la nada, y Dios es muy amigo de la verdad; y quien esto no entiende de sí mismo, anda en «mentira» (1). *La oración del humilde*, dice el Espíritu Santo, *traspasando las nubes, llegará hasta el trono de Dios, del cual no se apartará hasta que sea favorablemente escuchada* (2). Penetrado de estos sentimientos oró el publicano, y Dios escuchó su humilde oración derramando sobre él sus gracias, con las cuales salió del templo justificado (3), porque *Dios resiste á los soberbios y concede su gracia á los humildes* (4). Orar, dicen los Santos, es levantar el alma á Dios, y ¿no enseña Jesucristo que la primera condición para ser ensalzado es humillarse? (5). La oración es también banquete de bodas, y ¿no nos ha dicho Nuestro Señor, si no como precepto, al menos como consejo: *Cuando fueres convidado, vete á poner en el último lugar?* (6). Abraham también dijo: *Hablaré á mi Señor, aunque sea yo polvo y ceniza* (7). Así es como el alma debe llegarse á Dios: humillándose profundamente; pues cuanto pedimos en la oración, no lo hacemos en nuestro propio nombre, sino en nombre de Jesucristo (8), como nos lo enseña el Evangelio; porque, en efecto, sólo por Jesús, por su mediación, por sus méritos, por su preciosísima sangre derramada en la Cruz, logramos que nuestras súplicas lleguen al trono de Dios. Y así, escondido bajo la túnica de Jesús, y dejando que sólo Jesús se muestre, digamos al Padre: «Dios mío, no soy yo quien á Vos viene, sino Jesús quien viene por mí; no soy yo quien os pide mercedes, sino Jesús quien os las pide, aunque soy yo quien hace la súplica. *Pon, Señor, los ojos en el rostro de tu Cristo* (9) que me cubre con su sombra, inundándome en su sangre y escondiéndome en su

(1) Moradas, VI, cap. 10.

(2) Eccli., XXXV, 21.

(3) Luc., XVIII, 14.

(4) Judith, IX, 16; Psal. L, 19; Prov., III, 34; Jacob., IV, 6; I., Petr. V, 5.

(5) Luc., XIV, 11; Mons. Gay.

Humildad.

(6) Luc., XIV, 8.

(7) Génes., XVIII, 27.

(8) Joann., XV, 16.

(9) Psal. LXXXIII, 10.

«amorosísimo Corazón». A condición de ser humildes, podemos hablar así á la adorable Majestad divina (1).

Y ¿qué cosa más puesta en razón que orar con espíritu humilde? ¿No se piden con humildad gracias y mercedes á los reyes y príncipes de la tierra? ¿No se pasa muchas veces por mil humillaciones y hasta se cometen indignas bajezas á trueque de lograr un favor, un empleo, una gracia cualquiera? Y ¿no será racional, y no será justo que nos humillemos profundamente ante la Majestad augusta de nuestro Dios?, y ¿nos parece esto dificultoso? ¿Tuvo dificultad alguna la Cananea en postrarse humildemente á las plantas de Jesús para adorarle?, ¿juzgó, por ventura, que hacía demasiado en sufrir los desprecios que llovieron sobre ella desde el principio de su oración? No, no, la dijo Jesucristo, *no es justo echar á los perros el pan de los hijos*. ¿Habéis oído? De perra la trató, dice el Beato Juan de Avila. ¿Hay comparación más humillante? A pesar de ello, ¿se mostró ofendida aquella bendita mujer?, ¿qué digo?, ¿no reconoció la justicia de este calificativo aceptándolo de buen grado? *Es verdad, Señor*, respondió: ETIAM, DOMINE. De esta manera pidió. Y nosotros, ¿cómo pedimos?, ¿cómo oramos? Quizá con un espíritu de soberbia de que nunca logramos desprendernos y que esteriliza nuestras súplicas, lo cual no debemos extrañar, pues, como dice el Espíritu Santo, *no hay cosa que más abomine Dios que un pobre soberbio* (2), y nosotros pobres somos y muy pobres de bienes espirituales (3).

*Perseverancia.* Pero, ¿qué aprovecharían estas dos condiciones mencionadas, si faltara la perseverancia, que asegura el fruto de nuestras oraciones? En consecuencia, puestos en oración, aguardemos la hora de Dios (4), pues muchas

(1) Mons. Gay, lug. cit.

(2) Eccli., XXV, 4.

(3) Psal. XXXIX, 18; Apocal., III, 17.

(4) Psal. XXVI, 14; Prov. XX, 22; Eccli., XIII, 9.



veces Nuestro Señor pone á su munificencia largos plazos que nosotros no entendemos, porque las vías de su Providencia son y no pueden menos de ser misteriosas, aunque henchidas todas de misericordia (1). Desea Dios acrecentar nuestros merecimientos con la prueba de nuestra paciencia, para que *nuestra obra resulte perfecta* (2), y «justo es, dice San Agustín, que aprendamos á desear grandemente las cosas «grandes» (3). Si á despecho de nuestra insistencia sucediere que demorase Dios el logro de nuestras súplicas, no por ello desmayemos, antes por el contrario redoblemos el esfuerzo y la confianza; imitemos á Jesús que, *entrando en agonia, oraba con mayor intensidad* (4); insistamos, perseveremos y venceremos infaliblemente. Y si el demonio, que conoce bien la eficacia de la oración perseverante, procurara tentarnos precisamente durante ella, como suele hacerlo de mil maneras, no le oigamos ni le escuchemos; prosigamos orando y dejemos el resultado en manos de Dios; digamos con el Rey Profeta: *Bendito sea Dios, que no desechó mi oración, ni retiró de mí su misericordia* (5). Así han procedido siempre las almas justas. Ana, mujer de Elcana, afligida porque Dios no la daba fruto de bendición, perseverando con lágrimas en la oración alcanzó del Señor á su hijo Samuel, y con gran regocijo lo consagró al servicio divino (6). Sara, esposa del joven Tobias, suplicó á Dios con amargo llanto que la librase de la infamia que calumniosamente la atribuían, y perseverando tres días en esta fervorosa oración, mereció ser consolada y colmada de bienes por el Angel Rafael, enviado de Dios (7). Judith pidió al Señor con oraciones y penitencias que librase á su pueblo de los enemigos que ya habían puesto cerco á

(1) Tobíæ, III, 2; Isai., XL, 13; Sapient., IX, 13; Rom., XI, 34.

(2) Jacob., I, 4.

(3) Serm. V, De verbis Domini.

(4) Luc., XXII, 43.

(5) Psal. LXV, 20.

(6) I. Reg., I, 20.

(7) Tobíæ, III, 25.

Betulia, y porque perseveró orando, el Señor la otorgó lo que pedía y además las riquezas y despojos del ejército de los Asirios (1).

Lo propio aconteció á la Cananea. ¿Qué habría sido de ella si no hubiese perseverado en la oración y esperado pacientemente contra toda esperanza? (2). Cuando Jesucristo quiso probar á esta afligida madre no respondiéndola al principio ni una palabra; cuando dió muestras de querer pasar adelante y hasta dijo claramente que nada tenía que ver con ella, ¿dejó ésta de pedir, de solicitar y clamar con más fuerza, sin desanimarse por las palabras que acababa de escuchar de los labios del Salvador? De ninguna manera. La negativa de Jesucristo aumentó en ella el empeño, y al fin su perseverancia triunfó de la aparente dureza de Jesús. Por eso, aunque era extranjera, mereció ser tratada como verdadera israelita, logrando á la vez la curación de su hija y su propia conversión. «¡Oh caridad de Dios!, exclama á este propósito un Santo Padre: ¡Cuán admirable sois en las trazas amorosísimas de que os valéis para luchar en la apariencia contra aquellos mismos que deseáis favorecer!» No desesperéis, pues, herm. mías, si habéis comenzado á luchar con Dios en la oración (3), porque gusta que le hagamos violencia y de ser desarmado, digámoslo así, por la importunidad de nuestras súplicas; no, no le molesta nuestra insistencia, antes nos exhorta á que perseveremos llamando. El ciego de Jericó llamaba á Cristo, y aunque era reprendido de las gentes, no dejó de perseverar llamando, y por ello mereció alcanzar lo que pedía (4). Da Dios más de lo que piden á los que oran con perseverancia. El amigo que pedía tres panes, porque perseveró llamando, mereció recibir los tres panes que pedía y todos los que hubo menester, y pidiéndolos prestados, los

(1) Judith, XV, 13.

(2) Rom., IV, 18.

(3) Génes., XXXII, 24.

(4) Marc., X, 51.



recibió dados sin condición, porque pidió con perseverancia (1).

Bienaventuradas las almas que de esta manera perseveran en la oración, porque sin duda cuanto mayor fuere su perseverancia, tanto mayor será su gracia. Una de las cosas principales que deben tener los que han de recibir grandes dones de Dios, es longanimidad de corazón para aguardar fielmente todo el tiempo que Él quisiere, y mientras tanto consolarse con aquella esperanza del profeta, que dice: *Si tardare, espéralo; que el que ha de venir vendrá y no tardará* (2). Y si nos pareciere que no viene, humillémonos profundamente en su divina presencia, y conozcamos que no merecemos su visita; y contentémonos con haber hecho sacrificio de nosotros mismos, y negado nuestra propia voluntad, y crucificado nuestro apetito, y luchado con el demonio, y hecho á lo menos lo que era de nuestra parte. En tal caso, si no adoramos al Señor con la devoción sensible que deseábamos, contentémonos con adorarle *en espíritu y en verdad* (3), que es como Él quiere ser adorado, y tengamos por cierto que esta es la prueba decisiva para conocer los verdaderos devotos, y si de ella salimos bien, en todo lo demás nos irá prósperamente.

Por desgracia no solemos nosotros obrar así, hablando en general; creemos suficiente el presentarnos una vez á las puertas de la divina misericordia, y no podemos *sufrir las tardanzas ó lentitudes de Dios* (4). Somos harto impacientes; la menor dilación nos desconcierta, y muy pronto abandonamos este ejercicio tan necesario y tan delicioso para las almas de buen temple, y luego ponemos el grito en el cielo porque no avanzamos un paso en el camino de la virtud ni

(1) Luc., XI, 8.  
(2) Habac., II, 3.

(3) Joann., IV, 24.  
(4) Psal. XXXVI, 14; Eccli., II, 3; Rom., VIII, 25.

acabamos nunca de mortificar nuestras malas inclinaciones. No obremos así en adelante, pues conocemos la voluntad de Dios en este punto.

Sí, herm. mías; Dios quiere que oremos: así lo ha manifestado con palabras claras y terminantes; pero no olvidemos que la única oración agradable á sus divinos ojos es la que se hace con fe y confianza de alcanzar lo que pedimos; con humildad profunda, reconociéndonos indignos de los favores divinos, y sobre todo con perseverancia semejante á la de la Cananea del Evangelio, que las poseyó todas en grado heroico, y por ello mereció ser escuchada y espléndidamente recompensada. Puestas estas condiciones, es moralmente imposible, dice Santo Tomás, no obtener lo que se pide.

*Hora es ya de despertar* (1) y sacudir de nosotros esa languidez, esa tibieza, esa apatía funesta que venimos arrastrando quizá por mucho tiempo, y que priva á nuestra alma de los más sabrosos frutos de la vida espiritual, «porque es» cierto, dice San Agustín, que si nos enmendamos en sólo «este punto, enmendaremos toda nuestra vida»; de suerte, que podemos afirmar con el mismo Santo Padre que «quien» sabe orar bien, sabe vivir bien» (2). Oremos, pues, hermanas mías, porque este es el oficio del religioso (3), y esta debe ser también la ocupación más grata y deliciosa de las esposas de Cristo, pues la oración, en frase del Profeta, es el combustible que aquilata el amor divino en nuestro corazón (4). «La oración, dice Santa Catalina de Sena, es el alimento de que viven y crecen todas las virtudes, y si llega á» faltar, poco á poco se debilitan y acaban por morirse, como si dijéramos de pura hambre». Oremos, herm. mías, por la gloria de Dios y por nuestro propio bien, pues en la oración

(1) Isai., XXVI, 19; Rom., XIII, 11; Ephes., V, 14.  
(2) Homil., 40, in Evang.

(3) Camin. de perfec, cap. 21.  
(4) Psal. XXXIII, 4.



conoceremos lo que su divina Majestad quiere de nosotros y con su gracia lo cumpliremos, para continuar después alabándole en el cielo entre los coros de los ángeles y bienaventurados por eternidad de eternidades.



DE LA ORACIÓN MENTAL

---